

La vida como cualidad estructural: hacia una teoría de los grados de vitalidad en arquitectura

Life as a structural quality: Toward a theory of degrees of architectural vitality

Miguel Córdova (Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas)

miguelcordovaramirez@gmail.com /  ORCID 0000-0002-2235-1253

Resumen

Este artículo propone comprender la vida en la arquitectura no como una condición biológica ni como una metáfora poética, sino como una cualidad estructural de la forma construida. A partir de la distinción entre la vida biológica y la vida entendida como grado de organización, se argumenta que ciertas configuraciones espaciales pueden manifestar una mayor o menor intensidad relacional según su coherencia interna, la articulación de sus partes y su integración contextual. En diálogo con antecedentes culturales que conciben la vida como una gradación —como el concepto andino de *kamaq*— y con desarrollos contemporáneos como la biofilia y la teoría de las quince propiedades de Christopher Alexander, se plantea que la vitalidad arquitectónica emerge de la interacción entre la estructura material y la experiencia corporal. Partiendo de una crítica explícita al dualismo cartesiano, el texto sostiene que la percepción arquitectónica es simultáneamente cognitiva, afectiva y corporal, y propone una teoría de los grados de vida como categoría perceptivo-estructural rigurosa y no dualista.

Palabras clave

Vida estructural, corporeización, biofilia, organización espacial, coherencia estructural.

Abstract

This article proposes understanding life in architecture not as a biological condition nor as a poetic metaphor, but as a structural quality of the built form. Drawing on the distinction between biological life and life conceived as a degree of organization, it argues that certain spatial configurations may exhibit greater or lesser relational intensity depending on their internal coherence, articulation of parts, and contextual integration. In dialogue with cultural traditions that conceive life as gradation —such as the Andean concept of *kamaq*— and with contemporary developments such as biophilia and Christopher Alexander's theory of the fifteen properties, the paper contends that architectural vitality emerges in the interaction between material structure and embodied experience. From an explicit critique of Cartesian dualism, it maintains that architectural perception is simultaneously cognitive, affective, and bodily, proposing a theory of degrees of life as a rigorous, non-dualist perceptual-structural category.

Keywords

Structural life, embodiment, biophilia, spatial organization, structural coherence.

Revista ENSAYO - Arquitectura PUCP Estudios de arquitectura, urbanismo y territorio

Número 8 · Año 2026 · ISSN 2413-9726 e-ISSN 2710-2947

Hábitat y tecnología

Editores invitados Martín Wieser, Giuseppina Meli y Federico Napoli



La siguiente obra ha sido publicada bajo las condiciones de la Licencia Creative Commons CC BY, la cual permite a otros distribuir, mezclar, ajustar y construir a partir de su obra, incluso con fines comerciales, siempre que le sea reconocida la autoría de la creación original. Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú 2021-02820

LA VIDA COMO CUALIDAD ESTRUCTURAL: HACIA UNA TEORÍA DE LOS GRADOS DE VITALIDAD EN ARQUITECTURA

Miguel Córdova

MIGUEL CÓRDOVA RAMÍREZ es arquitecto por la Universidad Ricardo Palma, magíster en Sociología y candidato a doctor en Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es docente en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas y arquitecto en SN Arquitectos. Su trabajo se centra en el diseño del entorno construido desde una perspectiva centrada en el ser humano. Su investigación interdisciplinaria aborda la relación entre cuerpo, espacio y movilidad urbana, con especial interés en la experiencia corporizada y las dinámicas sociales del habitar.

En el discurso arquitectónico es frecuente afirmar que ciertos edificios, espacios o fachadas «tienen vida» o «le dan vida» a su entorno. Estas expresiones suelen considerarse imprecisas o excesivamente intuitivas, como si pertenecieran al ámbito de una sensibilidad difícil de justificar conceptualmente o ajena a los marcos analíticos tradicionales de la disciplina. Sin embargo, su persistencia en el lenguaje cotidiano y profesional sugiere que remiten a una experiencia concreta y reiterada: la percepción de que ciertas configuraciones formales poseen una intensidad organizativa, una presencia o una capacidad de articulación que otras no alcanzan con la misma fuerza.

Buena parte de la teoría arquitectónica contemporánea ha privilegiado categorías como función, estilo, técnica o representación, desplazando nociones como «vida» hacia el terreno de lo subjetivo, lo poético o incluso lo meramente retórico. Este desplazamiento ha contribuido a consolidar una comprensión de la forma construida centrada en su desempeño instrumental o en su adscripción histórica, dejando en segundo plano la dimensión cualitativa de su organización interna. No obstante, la pregunta permanece abierta: ¿qué significa afirmar que una forma construida tiene mayor o menor vida? ¿Es posible comprender esta noción sin reducirla a metáfora expresiva ni limitarla estrictamente al ámbito biológico?

Este artículo sostiene que, en el campo de la arquitectura, la vida no debe entenderse en sentido biológico ni descartarse como recurso retórico; debe concebirse como una cualidad estructural vinculada a la organización interna de la forma y a su capacidad de activar una experiencia integrada. Desde esta perspectiva, la vida no constituye una condición binaria —presente o ausente—, sino un fenómeno gradual y relacional: las configuraciones arquitectónicas pueden manifestar distintos niveles de vitalidad según el grado de coherencia, complejidad organizada e intensidad relacional que logren articular entre sus partes y en su interacción con los cuerpos que las habitan y las recorren.

A partir de esta hipótesis, se propone reconsiderar la vida como categoría arquitectónica legítima, articulando una distinción conceptual entre vida biológica y vida como grado, y explorando su formalización contemporánea en la teoría de las quince propiedades desarrollada por Christopher Alexander. De este modo, se plantea una lectura de la arquitectura en términos de grados de vitalidad formal y estructural —y no en términos exclusivamente estilísticos o históricos—, abriendo la posibilidad de reintroducir la dimensión cualitativa de la forma dentro de un marco analítico riguroso, relacional y explícitamente no dualista.

Cabe precisar que el presente trabajo no tiene como objetivo formular una teoría cerrada ni un sistema categorial definitivo sobre la vitalidad en arquitectura. En coherencia con el uso de la expresión «hacia una teoría», su propósito es de carácter exploratorio y propositivo: establecer un conjunto inicial de bases conceptuales que permitan abrir y estructurar un campo de discusión aún en desarrollo. En este sentido, las categorías y relaciones propuestas deben entenderse como herramientas preliminares para el análisis, susceptibles de ser discutidas, ampliadas o reformuladas en investigaciones posteriores.



► **Figura 1**

Objeto ceremonial moche, paisaje volcánico (Misti, Arequipa) y arquitectura lítica en Vilcashuamán: tres escalas materiales en las cuales la organización interna, la articulación de partes y su inserción en el entorno producen distintos grados de coherencia estructural susceptibles de ser percibidos como vida.

② **VIDA: DEL ORGANISMO AL GRADO**

En el ámbito de las ciencias naturales, la vida suele definirse como una condición específica asociada a ciertos sistemas físico-químicos capaces de metabolismo, autorregulación y reproducción (Abercrombie et al., 1990). Desde esta perspectiva, la vida opera como una categoría binaria: un organismo está vivo o no lo está. La distinción es estructuralmente excluyente y responde a propiedades medibles que separan lo viviente de lo inerte (Stenesh, 1989). Sin embargo, esta concepción no agota el alcance conceptual del término. Diversas tradiciones filosóficas han entendido la vida no solo como una condición absoluta, sino también como una intensidad o grado del ser (Jeuken, 1975). Bajo este enfoque, lejos de restringirse a la biología, la vida se remite a la organización interna, la coherencia y la capacidad de manifestar unidad en la multiplicidad. La diferencia ya no radica entre lo vivo y lo no vivo, sino entre configuraciones con una mayor o menor intensidad vital.

Esta comprensión gradual de la vida no es exclusiva de la filosofía occidental moderna. Diversas tradiciones culturales han concebido la existencia como atravesada por una fuerza o principio que anima y organiza lo real en distintos niveles de intensidad. En el antiguo Perú, por ejemplo, el concepto quechua de *kamaq* —frecuentemente transcrito como *cámac* en fuentes coloniales— designaba una potencia que otorgaba capacidad de ser y de actuar tanto a personas como a montañas, objetos o entidades territoriales (Neira, 2015; Flores, 2016). Se trata de un principio de activación y ordenamiento que atraviesa distintos estratos de la realidad, no de una vida biológica en sentido estricto (Figura 1).

Conceptos análogos pueden encontrarse en otras culturas —como el *qi* en la tradición china (Steinhardt, 1999) o ciertas formulaciones del vitalismo europeo (Bergson, 1944)—, aunque sus significados no sean equivalentes ni reductibles entre sí. Lo relevante es que en estos marcos ontológicos la vida opera como intensidad variable, no como categoría binaria. La diferencia se

articula entre grados de manifestación; no se establece entre lo absolutamente vivo y lo absolutamente inerte.

Mencionar estas aproximaciones no implica adoptar una posición animista ni atribuir agencia literal a la materia arquitectónica. Tampoco supone sostener que las expresiones contemporáneas sobre «dar vida» sean herencia directa de estas cosmovisiones. Sin embargo, evidencian que la comprensión de la vida como gradación constituye una posibilidad conceptual históricamente recurrente y no una invención metafórica reciente.

Esta constatación permite situar la discusión arquitectónica en un horizonte más amplio: si la vida puede pensarse como intensidad organizativa y no exclusivamente como propiedad biológica, entonces resulta conceptualmente viable explorar su aplicación al campo de la forma construida. Por lo tanto, distinguir entre lo biológico y lo filosófico resulta crucial para la teoría arquitectónica (Sulbarán, 2019). La arquitectura no produce organismos, pero sí produce estructuras organizadas. Si la vida se entiende exclusivamente en sentido biológico, resulta absurdo atribuirla a una fachada (Córdova Ramírez, 2025) o a un espacio urbano (Gehl, 2011). No obstante, si se la concibe como grado de organización estructural, la categoría adquiere pertinencia: una configuración formal puede manifestar mayor o menor coherencia interna, mayor o menor capacidad de articular relaciones significativas entre sus partes.

En este sentido, la arquitectura parece operar más cerca del segundo modelo que del primero. Las formas construidas no están vivas en términos biológicos, pero pueden presentar distintos niveles de intensidad organizativa. La noción de vida, trasladada al campo arquitectónico, no remite entonces a animación literal, sino a la densidad relacional de la forma: a la manera en que las partes se sostienen mutuamente, generan centros de atención, establecen jerarquías y producen unidad sin homogeneidad.

Pensar la vida en términos de grado permite superar tanto la reducción biologicista como el uso meramente metafórico del término. La vida deja de ser un atributo poético para convertirse en una categoría estructural, susceptible de ser examinada en función de la organización formal. Esta comprensión gradual abre la posibilidad de articular la noción de vida con teorías arquitectónicas que describen la forma como sistema de relaciones antes que como objeto aislado.

③ VIDA COMO CUALIDAD ESTRUCTURAL

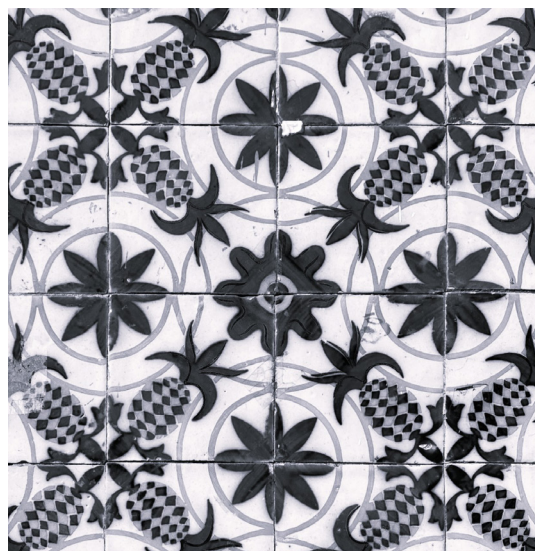
Si la vida no se restringe al ámbito biológico ni se reduce a metáfora, es necesario precisar en qué sentido puede atribuirse a la forma arquitectónica. No se trata de animación ni de simulación orgánica. Tampoco de proyectar cualidades humanas sobre objetos inertes mediante una analogía superficial. La cuestión es más estructural y relacional: ciertas configuraciones formales manifiestan un grado de coherencia interna que las hace percibirse como intensamente organizadas, mientras que otras aparecen fragmentadas, indiferentes o débiles en su articulación, incapaces de sostener una unidad significativa entre sus partes.

► Figura 2

Secuencia comparativa de accesos que ilustran diferentes grados de integración estructural. Se observan variaciones en la jerarquización de elementos, la definición de centros, la mediación de límites y la articulación entre partes.



En este sentido, la vida puede entenderse como una cualidad vinculada a la organización relacional de la forma. Una estructura presenta mayor vitalidad cuando sus partes no se yuxtaponen de manera arbitraria ni se agregan como elementos independientes; ocurre cuando esas partes se sostienen mutuamente, generan centros de atención, establecen gradaciones y producen una unidad que no elimina la diferencia, sino que la integra. La vida no equivale aquí a complejidad acumulativa ni a ornamentación excesiva; equivale a una complejidad estructurada, a una red de relaciones internas que dota a la forma de densidad, consistencia y continuidad.



► Figura 3

Apropiaciones cotidianas de patrones complejos en la arquitectura urbana de Iquitos. Las composiciones ornamentales presentes tanto en la fachada como en los azulejos no responden necesariamente a un estilo gráfico unitario, sino a procesos de síntesis y reinterpretación de referentes perceptuales vinculados al entorno sociocultural y natural. Estas configuraciones evidencian cómo ciertas estructuras formales asociadas a la experiencia de lo vivo son incorporadas por la arquitectura y rearticuladas dentro del contexto cotidiano de la ciudad. Fotografías de Claudia Caballero.

Esta comprensión desplaza el problema desde la oposición entre objeto inerte y organismo vivo hacia la intensidad organizativa de cualquier configuración material. La diferencia ya no es ontológica en un sentido biológico; es estructural y sistémica: algunas formas manifiestan una mayor integración entre sus partes, una mayor capacidad de generar jerarquías internas, transiciones y reforzamientos mutuos, y una mayor coherencia en su conjunto (Figura 2). En ese grado de integración y articulación puede reconocerse lo que denominamos *vida*.

Sin embargo, afirmar que la vida constituye una cualidad estructural no implica sostener que exista con independencia de la experiencia corporal. La organización formal solo adquiere sentido en la medida en que es aprehendida por un cuerpo situado, capaz de percibir tensiones, equilibrios, ritmos, límites y gradaciones espaciales. La vitalidad no se impone como propiedad abstracta separada del sujeto; emerge en la relación dinámica entre estructura y percepción. De este modo, la vida en arquitectura no pertenece exclusivamente al objeto ni exclusivamente a los sujetos: se configura en el encuentro entre ambos, en una interacción simultáneamente material y experiencial.

Esta dimensión relacional encuentra además un sustento antropológico en la hipótesis de la biofilia formulada por Edward O. Wilson (2003). Según esta propuesta, los seres humanos, en tanto organismos vivos, poseen una tendencia innata a atender y responder favorablemente a configuraciones que evocan procesos vitales o que reproducen patrones presentes en sistemas naturales complejos. Esta inclinación no implica una preferencia exclusiva por formas naturalistas ni por la mera imitación de la naturaleza, sino una sensibilidad hacia patrones organizativos que reflejan coherencia, complejidad estructurada, variación dentro de la unidad y continuidad relacional.

Desarrollos posteriores en el ámbito del entorno construido han mostrado cómo ciertas configuraciones espaciales que integran jerarquía, variación

y articulación favorecen el bienestar humano y fortalecen la experiencia de pertenencia y orientación (Kellert et al., 2008). En este sentido, la biofilia no introduce una explicación reduccionista ni biologicista; por el contrario, refuerza la idea de que la experiencia de vitalidad en arquitectura no es puramente subjetiva ni arbitraria: responde a disposiciones corporales profundas vinculadas a nuestra condición de seres vivos y a nuestra capacidad de reconocer estructuras coherentes (Figura 3).

Desde esta perspectiva, la vida, como cualidad estructural, no está sujeta a una analogía superficial con organismos biológicos; depende, más bien, de la capacidad de la forma para activar patrones relacionales que el cuerpo reconoce como coherentes, integradores y significativos. La vitalidad arquitectónica es una experiencia situada, que emerge en la interacción entre organización formal y sensibilidad corporal; no constituye una proyección imaginaria sobre la materia ni una simple atribución emocional.

Esta perspectiva permite superar tanto la reducción dualista que separa radicalmente materia y experiencia como el subjetivismo que disuelve la forma en mera proyección individual. La vitalidad formal puede pensarse como una cualidad estructural que se manifiesta en grados, y que se actualiza en la experiencia corporizada del espacio. Bajo esta comprensión, hablar de vida en arquitectura deja de ser una metáfora difusa y se convierte en una manera rigurosa de describir la intensidad relacional y organizativa de la forma construida.

④ **FORMALIZACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA VITALIDAD**

Una de las formulaciones más sistemáticas de la noción de vida en arquitectura ha sido desarrollada por Christopher Alexander a través de su teoría de las quince propiedades estructurales (Alexander, 2002). En lugar de entender la vida como metáfora sugestiva o como cualidad meramente subjetiva, Alexander propone que ciertas configuraciones espaciales poseen mayores niveles de «vida» en función de su organización interna y de la intensidad de las relaciones que articulan. La vitalidad no dependería del estilo, la época o el lenguaje formal específico, sino de la manera en que las partes se integran en un sistema coherente de relaciones que refuerzan la unidad del conjunto sin eliminar la diferenciación interna.

El núcleo de su propuesta radica en la idea de «centros»: regiones, focos o configuraciones que adquieren intensidad estructural dentro de un conjunto y que se refuerzan mutuamente en un entramado dinámico. Una forma viva no está compuesta por elementos aislados ni por partes agregadas de manera indiferente; está constituida por una red de centros interdependientes cuya fuerza aumenta en la medida en que cada uno contribuye a la estabilidad y a la intensificación del conjunto. La vida se localiza en la densidad relacional que emerge entre múltiples focos de organización que se sostienen recíprocamente, no en un punto singular ni en un elemento destacado (Salingaros, 2016).

Entre las propiedades que describen esta estructura destacan, por ejemplo, los centros fuertes, los límites, las gradaciones y la repetición con variación, aunque el sistema completo incluye quince principios interrelacionados. Los centros fuertes aluden a configuraciones que generan concentración y estabilidad perceptiva; los

Propiedad	Descripción
Niveles de escala	Una jerarquía de escalas en constante algorítmica de $e \approx 2,7$ y la secuencia Fibonacci.
Centros fuertes	Región importante del espacio unida coherentemente. Pueden ser «definidos», algo al centro que atrae la atención, o «implícitos», bordes que atraen la atención hacia el centro.
Bordes gruesos	Próxima escala más pequeña con respecto a lo que encierra. Definen los centros implícitos.
Repetición alternada	Define la información en componentes que se repiten mediante la utilización del contraste generando alternancias que ayudan a la traslación simétrica.
Espacio positivo	Posee límites y cualidad de convexo. Evita la presencia de objetos salientes.
Buena forma	Sobrecarga de información reducida por simetrías. «Buena» hace referencia a que es «fácilmente entendible» satisfaciendo la necesidad de información compacta del cerebro.
Simetrías locales	Simetrías dentro de la jerarquía de escalas. Subsimetrías múltiples que actúan dentro de simetrías mayores.
Complementariedad profunda y ambigüedad	Regiones entrecruzadas en una interfaz semipermeable que permite una transición no abrupta desde una región a otra.
Contraste	Define las distintas subunidades y distingue entre unidades yuxtapuestas. Crea simetrías opuestas entre figura y fondo.
Degradación	Cambios y transiciones controladas gradualmente. Permite salirse de la uniformidad.
Rugosidad	Superficies no lisas totalmente. El ornamento puede ser interpretado como una «rugosidad» controlada en una geometría suave.
Ecos	Formas que proceden a otras fractalmente. Pueden ser «de traslación», similares en misma escala pero en distinta posición, y «escalares», similares pero magnificadas en distintas escalas.
El vacío	Parte vacía que equilibra regiones de intenso detalle.
Simplicidad y calma interior	Coherencia general y falta de desorden. <i>Simple</i> hace referencia a que es extremadamente complejo pero altamente coherente.
La no-separación	Imposibilidad de extraer una pieza de un todo coherente más grande. Una mezcla sin uniones entre una enorme cantidad de componentes complejos.

► **Cuadro 1**
Síntesis de las 15 propiedades propuestas por C. Alexander. Fuente: elaboración basada en Alexander (2002) y Salingaros (2016).

límites median y refuerzan las relaciones entre partes contiguas, no separan de manera abrupta ni cortante; las gradaciones introducen transiciones progresivas que evitan rupturas violentas y favorecen continuidad; la repetición con variación produce ritmo y coherencia sin caer en homogeneidad mecánica ni monotonía (Cuadro 1). En conjunto, estas propiedades describen una forma de complejidad organizada cuya unidad, lejos de imponerse por simplificación reductiva, surge de la interacción dinámica entre diferencias articuladas (Alexander, 2002).

Desde esta perspectiva, la vida aparece como una cualidad estructural susceptible de ser descrita en términos formales y comparativos. No se trata de imitar organismos biológicos ni de introducir figuración naturalista como estrategia compositiva; se trata, más bien, de generar configuraciones en las que cada parte contribuya a la intensificación del todo, y el todo, a su vez, potencie a las partes. La vitalidad se manifiesta cuando la forma alcanza un equilibrio dinámico entre diferenciación y cohesión, entre multiplicidad y unidad, entre estabilidad y variación.

No obstante, la ontología implícita en esta propuesta requiere ser matizada. En algunos pasajes, Alexander sugiere que la vida constituye una propiedad objetiva del mundo, casi independiente de la experiencia humana, como si pudiera describirse al margen de la percepción. Sin embargo, si se asume una perspectiva que cuestiona el dualismo cartesiano y reconoce el carácter corporizado de la experiencia, la vitalidad no puede pensarse como atributo aislado del objeto ni como propiedad autosuficiente de la materia. La organización estructural adquiere sentido en la medida en que es experimentada por cuerpos situados, capaces de percibir tensiones, transiciones, jerarquías espaciales y reforzamientos mutuos. La vida, en este marco, no reside solo en la forma ni solo en los sujetos: emerge de la relación dinámica entre ambos.

Esta relectura no invalida la potencia formal de la teoría de las quince propiedades; por el contrario, permite comprenderla como una descripción rigurosa de configuraciones estructurales que tienden a generar experiencias de coherencia, estabilidad e intensidad relacional. La vida sería, entonces, el efecto emergente de una organización relacional que se actualiza en la experiencia corporizada del espacio y que puede manifestarse en distintos grados según la calidad de dicha organización, no una sustancia añadida a la materia ni una entidad metafísica subyacente (Figura 4).

No se puede pensar en una arquitectura con un alto grado de vida si no se incorpora la experiencia vivida que sucede o que posibilita las configuraciones geométricas. El vínculo con lo humano va más allá de la apreciación; también se relaciona con el cuidado, mantenimiento y cultivo de la vida, de estructuras geométricas que no solo tienen algún grado de vida, sino que tienen lo suficiente para darla, para dar vida a su entorno.

⑤ HACIA UNA TEORÍA DE LOS GRADOS DE VIDA EN ARQUITECTURA

Si la vida es una cualidad estructural y no una condición binaria, entonces puede pensarse en grados. No se trata de afirmar que un espacio está vivo o muer-

► Figura 4

Vivienda en la avenida Sucre, en Lima. La vitalidad arquitectónica emerge de las prácticas cotidianas de apropiación, cuidado y mantenimiento; no se reduce únicamente a la configuración formal. La presencia de vegetación, transiciones intermedias y elementos incorporados progresivamente evidencia cómo la experiencia vivida intensifica la relación entre geometría, habitar y entorno urbano, permitiendo que la arquitectura no solo manifieste cierto grado de vida, sino que contribuya activamente a producirla en su contexto inmediato. Fotografía del autor.

**► Figura 5**

Ejemplo de baja intensidad organizativa en fachada urbana: límite abrupto, centro débil y reducida articulación entre partes.



to, dicotomía que simplifica excesivamente el problema; se trata de reconocer que ciertas configuraciones alcanzan más coherencia, intensidad relacional y unidad organizada que otras (Figura 5). La diferencia es gradual y dinámica —no categórica ni absoluta—, susceptible de incrementarse o debilitarse según la calidad de la organización formal.

Esta gradualidad no puede entenderse, sin embargo, como propiedad aislada de la forma, como si pudiera medirse con independencia de la experiencia. Si se rechaza la separación entre mente y cuerpo, así como la escisión entre forma y función, la vida no reside exclusivamente en la organización material ni exclusivamente en la percepción subjetiva. Surge en la interacción entre ambas dimensiones. Una configuración espacial posee un mayor grado de vida en la medida en que su estructura potencia una experiencia corporal integrada: perceptiva, afectiva y cognitiva al mismo tiempo, sin fragmentar estos niveles en compartimentos independientes.

Desde esta perspectiva, comparar grados de vida no implica evaluar estilos, adscripciones históricas ni preferencias estéticas particulares. Tampoco supone jerarquizar lenguajes formales ni establecer cánones normativos cerrados. La comparación se desplaza hacia el nivel de organización: densidad de relaciones internas, continuidad espacial, articulación entre partes, capacidad de generar transiciones significativas, reforzamientos mutuos y centros de intensidad que estructuren la experiencia. Dos configuraciones pueden pertenecer a tradiciones distintas —incluso opuestas en apariencia— y, aun así, diferir radicalmente en la intensidad estructural que logran activar en la experiencia corporizada.

Pensar en grados permite además evitar esencialismos y determinismos formales. La vitalidad no es una esencia estable que algunos edificios posean por naturaleza ni una cualidad garantizada por ciertos rasgos estilísticos. Es un fenómeno relacional que puede incrementarse o debilitarse según cómo las partes se integren en un sistema coherente y cómo ese sistema convoque a los cuerpos a participar activamente en él. La forma no impone una experiencia de manera mecánica, pero tampoco es neutra: orienta, modula y estructura las posibilidades de interacción, configurando el campo de acción perceptiva y afectiva.

Una teoría de los grados de vida en arquitectura no busca clasificar edificios como correctos o incorrectos, ni establecer juicios morales encubiertos bajo criterios formales. Busca comprender cómo ciertas organizaciones espaciales intensifican la unidad en la multiplicidad y cómo esa intensificación se actualiza en la experiencia corporizada del habitar. La vida, en este sentido, no es un atributo fijo del objeto ni una proyección mental de los sujetos: es una condición emergente del encuentro entre organización material y experiencia humana, siempre situada y siempre relacional (Figura 6).

► **Figura 6**

Configuraciones residenciales urbanas con distintos niveles de articulación formal y vitalidad estructural. Más que establecer jerarquías absolutas entre unas y otras, la comparación permite identificar cómo determinadas disposiciones geométricas, transiciones espaciales y relaciones entre partes pueden intensificar la experiencia perceptual y enriquecer la vida urbana. Las diferencias no radican únicamente en el lenguaje arquitectónico empleado, sino también en el grado de coherencia organizativa que cada configuración logra activar en su relación con el entorno y con los cuerpos que la habitan. Viviendas en el jirón Francisco de Zela, Lima.

**⑥ ALCANCES TEÓRICOS**

En arquitectura, la noción de vida, tal como ha sido planteada aquí, requiere una serie de precisiones para evitar equívocos y simplificaciones. En primer lugar, no equivale a estilo. La vitalidad no depende de un lenguaje formal específico ni se restringe a determinadas tradiciones históricas o culturales. No es patrimonio de una estética particular ni de un período privilegiado. Puede manifestarse en configuraciones muy diversas siempre que exista una organización capaz de intensificar la coherencia relacional entre sus partes y de articular una unidad dinámica sin suprimir la diferencia interna.

Tampoco se trata de nostalgia. Pensar la vida como cualidad estructural no implica idealizar épocas pasadas ni proponer un retorno acrítico a formas premodernas. La vitalidad no pertenece a un momento histórico privilegiado ni a una supuesta edad de oro de la arquitectura; es una posibilidad formal que puede actualizarse en cualquier contexto si la organización espacial logra articular unidad y diferenciación de manera integrada, generando transiciones, centros y relaciones significativas.

Del mismo modo, la vida no debe confundirse con historicismo ni con acumulación ornamental. La presencia de referencias formales, símbolos o decoraciones no garantiza intensidad estructural ni coherencia interna. Una configuración puede ser formalmente compleja y, sin embargo, carecer de articulación relacional; puede ser sobria y, a la vez, altamente viva. Más allá de la cantidad de elementos o de su expresividad superficial, la vitalidad depende de la manera en que estos elementos se integran en un sistema dinámico de relaciones que refuerzan el conjunto.

Igualmente, la vida no implica animismo literal. No se afirma que los edificios estén vivos en sentido biológico ni que posean agencia autónoma comparable a la de los organismos. El término designa una condición emergente que describe la capacidad de una organización espacial para activar una experiencia corporal integrada, en la que percepción, afectividad y cognición operan de manera conjunta. Se trata de una categoría que nombra un fenómeno relacional y estructural, no una metáfora poética ni una atribución ontológica ingenua.

En este sentido, la vida puede comprenderse como una categoría perceptivo-estructural. Es estructural porque depende de la configuración material y de la organización formal de la forma construida; es perceptiva porque solo se actualiza en la experiencia corporizada del espacio, en el encuentro entre cuerpos y configuración. No reside solo en el objeto ni únicamente en los sujetos, sino en la articulación entre ambos (Figura 7). Esta doble dimensión permite sostener la noción sin caer ni en el objetualismo formalista que absolutiza la forma, ni en el subjetivismo relativista que disuelve toda cualidad en la interpretación individual.

Precisar estos alcances no debilita el concepto; por el contrario, lo vuelve operativamente riguroso y teóricamente consistente. En arquitectura, la vida no es una metáfora decorativa ni un recurso retórico destinado a intensificar el discurso; es una categoría teórica destinada a describir grados de coherencia relacional que se manifiestan en la experiencia integrada de los cuerpos en el espacio y que se pueden analizar desde un marco no dualista.

⑦ CONCLUSIÓN

Pensar la arquitectura en términos de grados de vida permite reintroducir la dimensión cualitativa de la forma sin abandonar el rigor analítico ni la posibilidad de argumentación sistemática. La vida, entendida como coherencia estructural que se actualiza en la experiencia corporal, desplaza el debate desde categorías estilísticas, tipológicas o meramente compositivas hacia configuraciones capaces de articular unidad, diferenciación e intensidad relacional de manera integrada. No se trata de defender una estética particular ni de reinstalar jerarquías históricas encubiertas, sino de proponer una categoría que permita describir con mayor precisión la calidad organizativa de las formas y su capacidad de generar resonancia en la experiencia del habitar.

Este desplazamiento implica también una toma de posición ontológica y epistemológica. Si la experiencia arquitectónica es inseparable de los cuerpos que la habitan, entonces resulta insostenible mantener la división entre mente

► Figura 7

Configuración urbana con alta intensidad relacional. La gradación del borde, la jerarquía de la fachada y la transición entre espacio público y arquitectura favorecen la apropiación corporal y la activación social del lugar. Fotografía del autor.



y cuerpo como fundamento del juicio arquitectónico. La percepción no es un acto puramente intelectual ni la forma un objeto destinado únicamente a la contemplación visual desinteresada. La experiencia es simultáneamente cognitiva, afectiva y corporal; involucra memoria, orientación, equilibrio, expectativa y emoción. Y la forma, en tanto organización material situada, estructura esa experiencia de manera integrada, modulando las posibilidades de acción, atención y vínculo.

Reafirmar esta unidad supone también cuestionar la escisión entre forma y función que ha marcado buena parte del pensamiento moderno. La organización formal no es un revestimiento de la utilidad, ni la función un contenido independiente de la forma. Ambas dimensiones se co-constituyen en la interacción entre cuerpos y configuración espacial, en un proceso en el cual uso, percepción y estructura se entrelazan (Leach, 2005). Pensar en grados de vida es reconocer que esa interacción puede intensificarse o debilitarse según la coherencia estructural alcanzada, según la capacidad de la forma para articular relaciones significativas sin fragmentar la experiencia.

De este modo, la noción de vida no designa una esencia metafísica ni una metáfora poética destinada a embellecer el discurso, sino una categoría relacional que permite comprender cómo ciertas configuraciones espaciales activan de manera más plena la condición humana en su totalidad sensible y situada. Lejos de absolutismos, determinismos o esencialismos, la teoría de los grados de vida propone una comprensión gradual, integrada y no dualista de la arquitectura: la forma no se contempla desde fuera como objeto distante, sino que se experimenta desde dentro, como campo estructurado de relaciones que hacen posible el habitar.

REFERENCIAS

- Abercrombie, M., Hickman, M., Johnson, M. y Thain, M. (1990). *The New Penguin Dictionary of Biology*. Penguin Books Ltd.
- Alexander, C. (2002). *The nature of order: an essay on the art of building and the nature of the universe*. The Center for Environmental Structure.
- Bergson, H. (1944). *Creative Evolution*. Random House.
- Córdova Ramírez, M. (2025). *Caminar entre fachadas. Descifrando una empatía urbana*. Editorial UPC.
- Flores, G. (2016). *Kamaq y no Kamay. Una eurocéntrica traducción*. Librosperuanos.com: <https://www.librosperuanos.com/autores/articulo/00000002384/Kamaq-y-no-Kamay.-Una-eurocentrica-traduccion>
- Gehl, J. (2011). *Life between buildings: using public space*. Island Press.
- Jeuken, M. (1975). The biological and philosophical definitions of life. *Acta Biotheoretica*, 24(1-2), 14-21.
- Kellert, S. R., Heerwagen, J. H. y Mador, M. L. (eds.) (2008). *Biophilic Design: the theory, science, and practice of bringing buildings to life*. John Wiley & Sons.
- Leach, N. (ed.) (2005). *Rethinking architecture: a reader in cultural theory*. Routledge.
- Neira, H. (2015). *Civilizaciones comparadas*. Cauces.
- Salingaros, N. (2016). Las 15 propiedades fundamentales de Christopher Alexander. En N. Salingaros, *Forma, lenguaje y complejidad: una teoría unificada de la arquitectura* (pp. 117-126). Ediciones Asimétricas.
- Steinhardt, N. S. (1999). *Chinese imperial city planning*. University of Hawai'i Press.
- Stenesh, J. (1989). *Dictionary of Biochemistry and Molecular Biology*. John Wiley & Sons, Inc.
- Sulbarán, J. A. (2019). Arquitectura de la vida. Hacia la potenciación del ser. *Perspectiva*, 1(13), 48-57. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/perspectiva/article/view/36677>
- Wilson, E. O. (2003). *Biophilia. The human bond with other species*. Harvard University Press.